

colección rúbrica



GLORIA LÓPEZ DE MARÍA RODRÍGUEZ
LUIS ESTRAGUÉS CARRATALÁ



TIEMPO DE HÉROES
San Juan de Acre, 1291

esstudio
ediciones

PRIMERA PARTE

San Juan de Acre

1

Ricardo de Lara

Ricardo de Lara fue el primero en saltar a tierra, en cuanto la gale-
ra en la que viajaba llegó al puerto de San Juan de Acre el 2 de abril
de 1290.

El rey aragonés Jaime II, visto lo que el sultán Qalawun había
hecho en Trípoli el año anterior, masacrando a la población cristiana,
decidió atender los llamamientos del papado y envió una dotación de
sus mejores hombres en defensa de la franja costera del reino de Jeru-
salén, en la que Acre constituía, ahora, el único bastión de resistencia
frente a las huestes sarracenas.

De Lara preguntó a uno de los estibadores que esperaban en el
muelle, dispuestos a descargar las mercancías, dónde estaba la capilla
más próxima. Dejó encargado a uno de sus hombres que se ocupara
del equipaje y de todos sus pertrechos, y se encaminó a la iglesia de
San Andrés, a la misma velocidad que si le persiguiera una jauría de lo-
bos hambrientos.

Aquel hombre curtido en cien batallas, intrépido, y valiente como
el que más, no soportaba verse en un cascarón de madera, a merced de
los vientos y las olas, sabiendo que bajo sus pies sólo había unas aguas
tenebrosas y profundas, habitadas, tal vez, por temibles monstruos
marinos. Todo lo seguro que se veía en tierra firme, donde con su es-
pada en la mano derecha, y su daga moruna en la otra, no temía a
nada ni a nadie, se consideraba indefenso y desvalido en la inmensi-
dad de los mares.

—El mar no está hecho para mí. Me siento como un niño de teta —les decía a sus compañeros, con el vozarrón fuerte y grueso que le caracterizaba.

La verdad es que, aunque intentaba tomarlo a broma y reírse de sus temores, lo pasaba francamente mal. Los días de tormenta se le mudaba el color de la cara, y no hacía más que orar de manera incesante, entre vómito y vómito. Porque, además, desde que se subió al barco en Barcelona, el pobre devolvía en cuanto la mar no estaba plana como una balsa. Se notaba que era de tierras castellanas y no hacía buenas migas con el oleaje.

—Hay personas que con mucha facilidad hubieran podido ser peces, y otras que no —acostumbraba a decir entre risas, con aquella sorna tan propia de él—. Yo podría haber sido cualquier cosa, o ejercido cualquier oficio, hasta monja o puta; pero nunca marino. ¡Eso, jamás!

Cuando soltaba una animalada de esas, todos sus compañeros de armas lanzaban grandes risotadas, mientras él, con su mirada torva, levantaba una ceja y añadía:

—Ojo, que lo de puta lo he dicho a modo de ejemplo. Si a alguno de vosotros se le ocurre acercarse a mí esta noche y tocarme la entrepierna, juro por Dios que lo mato.

Entonces las carcajadas se tornaban ya estrepitosas.

Ricardo pertenecía a una de las más nobles familias castellanas, la de los Lara, que junto con los Castro y los Haro, formaban las casas más influyentes en el reino de Castilla. Desde su más tierna infancia mostró un carácter aventurero y valiente. De ahí que, siendo todavía un crío, se enrolara en las huestes del rey castellano Alfonso X, que en 1262 lograron arrebatar Cádiz a los musulmanes, que la ocupaban desde la invasión de la Península en el año 711.

Fue batallando contra los moros cuando conoció a Juan de Rocafort y a Jaime de Millás, los templarios con los que coincidió en Medina Sidonia, en Jerez de la Frontera, y en Cádiz.

Pero por circunstancias de la vida, tuvo que exiliarse de Castilla, por enfrentamientos de su familia con el monarca.

Ricardo era sobrino de Nuño González de Lara, el cabecilla de los nobles que se sublevaron contra lo que consideraban el absolutismo de Alfonso X. Los magnates rebeldes buscaron el apoyo del rey Muhammad I de Granada, firmando con él un acuerdo de ayuda mutua frente al monarca castellano-leonés, e hicieron lo mismo con el rey navarro, Enrique I.

Después de muchas conversaciones, desencuentros y amenazas, por fin al rey Alfonso no le quedó más remedio que acceder a la mayoría de las reivindicaciones de sus nobles levantiscos; y en conclusión, los exiliados pudieron regresar a Castilla. No obstante, en cuanto Ricardo tuvo noticia de que el rey Jaime II de Aragón buscaba caballeros que partieran a la defensa de Acre, no lo dudó dos veces y acudió a la llamada.

Muchas veces sus compañeros se preguntaban qué habría llevado a Ricardo de Lara a convertirse en cruzado, teniendo tierras y posesiones que le permitirían vivir holgadamente. Pero fuera como fuese, lo cierto era que aquel hombre de pelo canoso y barba tupida era un compañero en el que se podía confiar de manera ciega. Jamás abandonaría a un camarada en una batalla o ante una situación de peligro.

Quizás acudió a la defensa de Acre más por satisfacer sus ansias de aventuras que por defender la fe, de la que él andaba bastante escaso; pero indiscutiblemente era todo un hombre, honrado, leal, y que se vestía por los pies.

Sabiendo su temor a los mares, a nadie le extrañó que, en cuanto echó un pie en tierra, se arrodillase y besara el suelo. Tampoco que saliera corriendo en busca de la iglesia de San Andrés. Le urgía ir a dar gracias al Señor por haberlos conducido a puerto, sanos y salvos.

Estaba Ricardo orando, en la segunda fila de bancos del templo, cuando sintió que alguien pasaba junto a él. Le pareció notar un leve roce en su brazo, que hizo que levantara la cabeza. Entonces vio de

espaldas a una mujer, que se arrodillaba en un reclinatorio de la primera fila, justo delante de él. La dama era rubia. Una trenza gruesa caía por su espalda hasta más abajo de la cintura. Un velo de tul blanco le cubría la cabeza. Su figura era tan grácil, tan delicada, que hubiera deseado ver su rostro.

No podía apartar la mirada de la espalda de aquella desconocida, que emanaba armonía y paz. Su porte era distinguido como el de una princesa, a pesar de la extrema sencillez de su atuendo. El cruzado permanecía hipnotizado con la visión de sus contornos. Supuso que, aunque sin duda estaba muy flaca, debajo de aquel vestido holgado se ocultaban caderas redondeadas y nalgas compactas.

«¡Por Dios bendito! Está claro que mi mente me juega malas pasadas. Sin duda acusa los meses de navegación, rodeado de hombres feos y peludos... Ver a una hembra tan incitante me ha enturbiado el juicio», pensó.

Ricardo seguía extasiado, sin poder (ni querer) apartar la vista del cuerpo de la joven, elucubrando sobre las maravillas que hallaría debajo de tan odiosos ropajes, cuando de pronto percibió un ligero temblor en los hombros de la dama. No, no eran imaginaciones suyas. ¡Estaba llorando!

No pudo resistir la curiosidad, y se levantó. Necesitaba ver su rostro, y cerciorarse de que era tan hermosa como la imaginaba.

Junto al altar mayor, vio la imagen de un Cristo con varios cirios encendidos. Tomó una vela, la prendió y la colocó a los pies del Crucificado. Al volverse tuvo oportunidad de mirar a la joven. Era de una belleza singular. Sin ser guapa, sus facciones armoniosas emanaban dulzura. Tanto su cutis, como las cejas y pestañas eran muy claras. Toda su piel era blanquísima, y parecía demacrada. Aunque no pudo ver el color de sus ojos, porque los tenía cerrados, supuso que serían azules como el cielo.

Efectivamente, lloraba. Se secaba las lágrimas con un pequeño pañuelo de puntilla.

Ricardo volvió al banco y decidió no moverse de allí hasta que ella se levantara. Al poco, vio que se santiguaba. Luego, se puso en pie para salir. Hizo una genuflexión en el pasillo central, frente al sagrario, y al incorporarse, pudo apreciar su vientre ligeramente abultado. Aunque no era experto en calcular embarazos, supuso que estaría de unos cinco meses, no más.

Reflexionó para sí: «Pero si la preñez es el estado en que una mujer se siente más feliz por su próxima maternidad». Al menos, eso le había oído decir cientos de veces a su madre, que parió a nueve hijos. ¿Por qué lloraba? ¿Qué le ocurría?

Se levantó detrás de ella, y vio que se le caía el pañuelo con el que secaba su llanto. Estuvo tentado de llamarla para dárselo, pero no lo hizo. Desabrochó uno de los botones de su jubón, y lo guardó junto a su pecho.

No pudo apartar de su mente la imagen de aquella dama embarazada y triste en todo el día. No sabía el motivo, pero le había despertado una ternura infinita.

Por la noche, tumbado en el catre, pensaba en su rostro anguloso y pálido, en la delgadez de sus brazos, en su espalda recta, y en su silueta bien formada de contornos sugerentes. Pero no podía olvidar su gravidez.

Estaba casada; y era muy probable que, en esos mismos instantes, mientras él permanecía acostado oliendo el fino pañuelo de hilo de la desconocida, el marido estuviera deslizándose entre sus piernas en el lecho conyugal. ¡Cómo hubiera deseado ocupar ese puesto! Sabía que recrearse con esos impúdicos pensamientos no era propio de un buen cristiano; pero ¿qué mal le hacía a nadie?

La imaginó desnuda sobre la cama, con sus cabellos sueltos, cubriendo a medias sus senos pequeños y firmes. Estaba tumbada junto a él. Le pareció adivinar que, a excepción de su vientre, el resto de su cuerpo era demasiado delgado, al menos para su gusto, que prefería a las mujeres con redondeces. Pensó que era tan liviana y

pequeña, que podría abarcar todo su contorno con uno de sus brazos. En su ensoñación, ella se acurrucaba en su pecho, y él la abrazaba contra sí, imaginando que era su esposo.

Sin duda, con él no lloraría. Al contrario, le sonreiría con dulzura, mientras le acariciaba su barriguita gestante. ¡Qué dicha tan enorme sintió, imaginándola suya!

Entonces comenzó a hacerse mil preguntas que, con anterioridad, nunca se había formulado. ¿Qué sentiría un hombre al saber que la mujer amada iba a alumbrar a un hijo suyo? ¿Por qué él nunca encontró tiempo para buscarse una buena esposa que le diera descendencia?

Estaba convencido de que habría sido un magnífico marido y un gran padre. Con él, aquella hermosa desconocida jamás habría llorado. Al contrario, reiría con frecuencia, y él haría todo lo que fuera menester para verla feliz.

Pero, sin embargo, con tanta batalla, tanto entrenamiento, y tanta rebelión, perdió la oportunidad de formar una familia. Y ahora, a sus cuarenta y cinco años, fantaseaba con la idea de ser el marido de la dama de la trenza rubia, y el padre del hijo que llevaba en sus entrañas. Una joven a la que había visto tan sólo una vez en su vida, de espaldas, y con la que no cruzó ni una palabra...

¡Qué locura! ¿Acaso el amor era eso? ¿Un deseo absurdo y repentino por poseer a alguien a quien no se conoce?

Sin duda tendría que ir a confesarse. Esas ideas contravenían los Mandamientos: «no desearás a la mujer de tu prójimo». Y, lo peor, es que gozaba recreándose en ellas.

Le invadía un ardor, un frenesí, que no recordaba haber sentido desde sus años mozos. Con semejante agitación era imposible dormir, aunque lo logró al fin. Mientras el sueño le cerraba los párpados pensó que, tal vez, con un poco de suerte, volvería a ver a la dama misteriosa.

2

Antiguos compañeros de armas

Aquella mañana de primavera amaneció soleada, y en el cielo de Acre no se veía ni una nube.

Ricardo de Lara tomó un baño con agua fría en el patio del castillo que hacía las veces de cuartel. Después de meses de navegación, una buena higiene resultaba imprescindible.

Se frotó todo el cuerpo de manera escrupulosa y con mucho ahínco, prestando especial atención a los pies y los codos. Enjabonó su pelo, barba y orejas; y con ropa limpia, pensó que ya era de nuevo una persona. A continuación, se miró en un pequeño espejo, que había colgado en un muro. Se sujetó los cabellos en una coleta y recortó la barba.

Aunque su estampa no fuese la de un lechuguino elegante, lucía un aspecto pulcro ataviado con la camisa y las calzas blancas, sobre las que llevaba un sayal sin mangas que llegaba hasta las rodillas, y un cinturón al cinto del que colgaban la daga y la espada.

Ya no era joven. Sus cabellos canosos y las arrugas de su rostro así lo demostraban; sobre todo, las que se le formaban en las mejillas y en el contorno de los ojos cada vez que se reía, que era con bastante frecuencia.

Si bien sus rasgos faciales no se correspondían con los cánones griegos de belleza masculina, eran agradables y, ante todo, muy varoniles. Era alto, por encima de la media; de miembros sólidos y pecho robusto; anchas espaldas y una musculatura desarrollada por las horas